QUERETARO

APUNTES DEL DIARIO

DE LA PRINCESA

Ynés de Salm-Salm

MEXICO
Tipografía de TOMAS F. NEVE
Callejon de Santa Clara número 9

QUERETARO

APUNTES DEL DIARIO

DE LA PRINCESA

INES de SALM SALM

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR

E. B. de B.

MEXICO
Establecimiento tipográfico de TOMAS F. NEVE
Callejon de Santa Clara número 9

1869

49653

Introduccion.

MUCHO se ha escrito, principalmente en Europa, con relacion á los últimos acontecimientos que prepararon la caida del imperio que se pretendió establecer en México, con el príncipe Fernando Maximiliano de Hapsburgo á la cabeza, pero desfigurando siempre la verdad unas veces á favor de un partido, otras en contra, no se ha conocido una relacion de los hechos tal cual pasaron.

Los príncipes de Salm-Salem que acompañaron en Querétaro al infortunado príncipe hasta sus últimos momentos, han dado á luz el diario que formaron de todo lo ocurrido desde el asedio de aquella plaza por las huestes republicanas hasta el trájico fin de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, donde concluyó el ensayo de la plantacion de un imperio en este país, arrancando el cetro de las manos del descendiente de Cárlos Quinto con su vida.

Esos hechos hasta en sus más lijeros pormenores se encuentran rejistrados con la verdad histórica que merecen en los diarios del príncipe Félix y de la princesa Inés de Salm-Salm, descansando sus apuntamientos en documentos que merecen entera fé.

Ambos escritos son dignos de conocerse en este suelo, y á reserva de publicar más adelante el del príncipe, sacamos hoy á luz el de la princesa su esposa, seguros de que será visto con agrado por la imparcialidad con que está redactado, así como por su sencillez y claridad.

Al hacer la traduccion y publicar este cuaderno no tenemos ningunas pretenciones; queremos únicamente dar á conocer un escrito en que se consignan hechos que la historia deberá recojer para utilizarlos más adelante cuando calmadas las pasiones y borrados con las huellas del tiempo los odios que dividen á los mexicanos pueda escribirse con entera imparcialidad y buena fé la relacion de cuanto ha ocurrido en estos últimos años.

Tal es el único deseo de

El traductor y los editores.

Durante los últimos seis años he oido y visto muchas cosas. En la guerra civil de los Estados-Unidos, acompañaba casi siempre á mi marido; de modo que pude ser testigo ocular de muchos acontecimientos interesantes, y tuve la ocasion de conocer personalmente casi á todos los generales y á otras personas que hacian un papel principal en aquel período revolucionario.

Tambien he vivido largo tiempo en Nueva York y en Washington, donde tenia que entrar en relaciones con los hombres de Estado, principales de la época, por ciertos fines que me habia propuesto; y oía y observaba varias cosas.

Cuando seguí á mi marido para México, hizo la casualidad que me tocó igualmente algun papel en la trajedia que acaba de representarse en aquel país.

En una palabra, muchos de mis amigos, en la inteligencia de que haya visto tantas cosas, y opinando que tengo mucho que contar, han insistido en que publicase todo lo que ha acontecido durante los últimos seis años. Les he prometido hacerlo, pudiendo cumplirlo, tanto mas facilmente cuanto que tengo la costumbre de llevar un diario y poseo además una memoria excelente.

Pero hasta ahora no he podido hallar ni tiempo ni ocio para llevar á cabo mi proyecto, é ignoro si se facilitará dentro de poco tiempo. Mas mi marido que está actualmente publicando un diario escrito en México, me rogó que diera á lo meson un breve relato sobre aquella época, y sobre los sucesos en que tuve parte principal, lo que no pude negarle.

Aunque las hojas siguientes no son completas, tal vez pueden servir para aclarar algunos sucesos que tuvieron lugar

durante los últimos dias del malogrado Emperador Maximiliano.

El Emperador se hallaba sitiado en Querétaro por los liberales y mi marido estaba á su lado. Hacia mucho tiempo que no habiamos sabido nada de ellos, y los rumores mas contradictorios circulaban en México. En aquel tiempo no vivia en la misma capital, sino en casa del ex-cónsul general mexicano *D. Federico Hube*, en Tacubaya, un lugar sumamente ameno, unas millas distante de la capital, y donde muchos mexicanos opulentos poseen unas quintas lindísimas.

En el mes de Marzo de 1867, supimos que el general Márquez habia llegado de Querétaro con 3000 hombres y que todo México se hallaba en la más grande excitacion. Estando por supuesto sumamente ansiosa por tener noticias de mi marido, supliqué al Sr. Hube que me acompañara para hacer una visita al general Márquez.

El general me recibió con mucha amabilidad. Era entónces un hombre grande, y se complacia extraordinariamente en semejante papel.

El Emperador le habia nombrado su lugarteniente, y él se conducia y hablaba del Emperador, como si este fuese de cierto modo su pupilo, y él mismo el personaje principal en todo México. Con todo eso estuvo sumamente afable para conmigo y su rostro moreno y maligno se puso casi risueño y cariñoso. Tenia sus barbas recortadas que cubrian antes una honda cicatriz en su mejilla, la que provenia de un balazo y no le embellecia absolutamente.

El general hablaba de mi marido de la manera mas lisonjera. Le llamó uno de los oficiales mas valientes de Querétaro, y me contó que se habia señalado últimamente por haber tomado seis piezas con muy poca jente, y que, por este bizarro comportamiento, *él* le habia condecorado y que *él* le habia nombrado general, aun en la víspera de su marcha.

Tambien hicimos una visita al general Vidaurri recientemente llegado junto con Márquez; que confirmó que todo estaba de lo mejor en Querétaro; hablando al mismo tiempo en los mejores términos de mi marido, á quien segun decia, amaba como á su hijo.

Las buenas nuevas del ejército del Emperador causaron gran júbilo en México, y hubo fiestas, bailes y fuegos artifi-

ciales durante los diez dias siguientes en que Márquez se preparaba como decia: "segun las instrucciones del Emperador," á marchar al encuentro de Porfirio Diaz, quien estaba con un ejército liberal en marcha contra Puebla.

Al fin quedaron concluidos los preparativos, y las tropas imperiales se marcharon de México; no se quedaron para guardar la capital mas que unas pocas tropas mexicanas, cuyo número era tan insuficiente, que no podian detener al enemigo de aproximarse á la capital, solo unos pocos pasos afuera de las garitas. Hubo diariamente pequeñas escaramuzas dentro y fuera del mismo Tacubaya.

Tres dias despues de la marcha del ejército, se esparció en México el rumor de que Márquez habia ganado una gran victoria, derrotando completamente á Porfirio Diaz y dispersado á todo su ejército. Pero este rumor no tuvo una larga consistencia, porque ya en el próximo dia, el mismo general imperial vino á la capital como fugitivo, solo acompañado de unos doce jinetes y adelantando en toda prisa por unas doce horas á su ejército derrotado. El 8 de Abril habia sufrido cerca de San Lorenzo, una derrota vergonzosa perdiendo toda su artillería.

Si Porfirio Diaz hubiese sido bastante fuerte para guardar paso igual con su enemigo que estaba huyendo delante de él, habria podido entrar en México sin encontrar alguna resistedcia. Pero no se presentó sino unos tres dias despues en las cercanías de la capital; cuando nuestro ejército desmoralizado ya se hubo algo recobrado de su susto.

La vanguardia de los liberales pasó delante de nuestra casa en Tacubaya, y me admiraron sus hermosos caballos y los bellos uniformes que habian en su mayor parte conquistado de nuestras tropas. Tacubaya y Chapultepec fueron ocupados por los liberales sin alguna resistencia, y se comenzaron los preparativos para el sitio de México.

En la noche siguiente soñé que veía á mi marido próximo á morir. El Emperador estaba inclinándose sobre él, y dijo con tono aflijido: ¡Oh! mi querido, vd. no debe dejarme solo. Mi marido pronunció mi nombre; á su alrededor se batieron, y por todas partes ví sangre y todos los horrores de una batalla.

Este mismo sueño se repitió en la próxima noche. Ví á mi

marido luchar con la muerte y le oí llamar mi nombre. Por todas partes se batian con furia, todo estaba envuelto en tinieblas, y los relámpagos se cruzaban. El mismo sueño se repitió tambien en la tercera noche, y mi marido me llamó con voz mas fuerte aún que ántes.

Semejantes sueños, tres veces repetidos, me causaron una inquietud suma, tanto mas, cuanto que creo en sueños; y vine á tomar la determinacion de ir á México para consultar con el Ministro de Prusia, Baron de Magnus, y con los jefes de las tropas estranjeras, para saber si se podia hacer algo para salvar al Emperador y á mi marido, que me parecian estar en el mayor peligro.

Cuando comuniqué al Sr. Hube que queria ir á México, se opuso éste con toda enerjía y se encolerizó mucho. Me dijo que haria cuanto estuviese en su poder para hacerme desistir de semejante locura; puesto que él era responsable de mi seguridad, porque mi marido me le habia confiado á él; y que por tanto nunca sufriria que yo cometiera un desatino tan manifiesto.

El Sr. Hube y su señora me habian recibido en su casa hospitalaria, con la mayor amabilidad, tratándome con un amor y un desinterés, como si fuese su propia hija; sentí sobremanera hacer alguna cosa que les causara tanto disgusto, pero hay impulsos á los que no se puede resistir, y contra los cuales todas las razones del entendimiento, son completamente impotentes. Me parecia que una fuerza irresistible me impelia á seguir la voz de mi corazon, y vine á tomar la determinacion irrevocable de llevar á cabo mi designio, venga lo que viniere; aunque creí conveniente darme la apariencia que las advertencias del Sr. Hube hubiesen hecho alguna impresion en mi ánimo.

Tanto este señor, como su señora esposa, no tenian sin embargo plena confianza, temiendo continuamente que me escapase durante la noche, por cuya razon no solamente se cerraba, como de costumbre, el zaguan, sino que el Sr. Hube quitaba tambien la llave y se la guardaba consigo en su recámara.

Estas precauciones entorpecieron por cierto mis proyectos completamente; pero sabiendo que se abria la casa á las seis de la mañana para dejar entrar á los mozos de cuadra que dormian afuera, me puse en acecho, y viendo que en efecto

la puerta se abrió como de costumbre, me salí de puntillas por el zaguan, acompañada de mi camarera Margarita y de mi fiel compañero cuadrúpedo Jimmy. Mas el Sr. Hube, quien estaba acechando, salió de repente detrás de una esquina, y dijo con grande irritacion: ¿Qué sucede, princesa?—Buenos dias, Sr. Hube, respondí con frialdad, y tomé el camino para la estacion del ferrocarril.

El Sr. Hube echó á correr por un camino mas corto, de suerte que al llegar á la estacion, ya le encontre allí. ¿A dónde quiere vd. ir? preguntó. A México, por supuesto, como le he dicho á vd., respondí sin hacer ninguna mencion de mis sueños y de mis designios de que solo se habria reido.

Me repitió de nuevo las razones que tenia para hacerme desistir de mi proyecto y no dejó de amonestarme sériamente. Dijo que podria encontrar la muerte ó esponerme á otros peligros entre los soldados groseros; agotando por dos largas horas cuanto le sujeria el sentido comun, con el fin de disuadirme de mi designio; más se entiende por sí solo que no me ha hecho mella alguna por estar una vez firmemente resuelta á hacer mi voluntad. Le dí mis mas espresivas gracias por toda la amabilidad que me habia demostrado y por la pena que se daba por mi causa, declarándole al mismo tiempo muy determinadamente que queria y debia irme. El buen anciano palideció y no habló otra palabra más para retenerme.

Tuve entonces que ir una legua hasta Chapultepec con Margarita y con Jimmy. Todo el camino estaba cubierto de oficiales y soldados enemigos; pero por haberme visto en casa del Sr. Hube, que es del partido liberal, todos me saludaron respetuosamente dejándome pasar libremente.

Al llegar á Chapultepec, pregunté por el comandante del castillo, coronel Leon, quien habia estado dos años en los Estados-Unidos y hablaba el inglés bastante bien. Le llamaron de una fonda donde estaba almorzando, y me recibió con suma política y amabilidad. Le dije que estando en gran cuidado por la situacion del Emperador y de mi marido, queria ir á Méjico, con el fin de influir para con los jefes estranjeros á que se rindieran á Porfirio Diaz, si éste último se obligaba á garantizar la vida del Emperador y de los oficiales estranjeros, en caso que cayeran presos.

El coronel me decia que Querétaro no podria tenerse por más tiempo; porque la ciudad estaba tan estrechamente sitiada que la guarnicion habia de morir de hambre. Me dió sin vacilar el permiso pedido, bajo mi promesa de volver inmediatamente luego que supiera la opinion de los jefes estranjeros. Dándome su brazo me acompañó tres cuartos de legua hasta sus postas más avanzadas.

Aquí se despidió de mí y yo seguida de Margarita y de Jimmy, caminaba sobre el campo abierto hácia la garita defendida por una batería. Por ser conocida del oficial imperial que mandaba aquel punto, no tuve alguna dificultad en pasar. Los soldados colocaron vigas encima del foso de la trinchera y nos ayudaron á brincar encima del parapeto.

Me dirijí inmediatamente á casa del Baron de Magnus, á quien encontré en casa; pero fuí recibida con alguna frialdad y una cortesía glacial. Creo que este señor me habia tenido á mal el haberme hospedado, en contra de su opinion, frecuentemente espresada, en casa del Sr. Hube, contra quien, no sé por cuál motivo, estaba algo resentido.

Finjiendo no notar sus maneras ceremoniosas de diplomático, le dije: que mi intencion al venir á Méjico habia sido ver á los coroneles de Kodolitsch y Conde Khevenhuller. El coronel Leon habia hablado de dichos señores con la mayor estimacion por su bizarro comportamiento en la última batalla, y me habia empeñado su palabra de honor que los dejaria volver libres á Méjico, en caso que vinieran á Chapultepec con el fin de conferenciar con él.

Las maneras del Baron de Magnus se cambiaron luego que supo mi plan y los pasos que habia ya dado para llevarlo á cabo; esperaba mucho de eso, si quisiese dejarme conducir por sus consejos, con lo cual me declaraba conforme.

El ministro mandó ponerme coche, monté en él y fuí á casa del coronel del Kodolitsch á quien no encontré sino en casa del conde Khevenhuller.

El coronel Kodolitsch estuvo al momento pronto á salir á hablar con el coronel Leon, pero bajo la espresa condicion de que el Baron de Magnus no tuviese nada que hacer en toda la negociacion, porque dicho señor estaba demasiado propenso á no seguir sino su propia cabeza; á lo cual le contesté que ya no podia retroceder por haber ya concluido un convenio con el mismo ministro.

Entonces los coroneles me prometian hablar tan pronto como fuera posible con sus oficiales y soldados y hacerme saber el resultado.

El Baron de Magnus me alojó con una señora de Michalowitsch, una mejicana casada con un oficial austriaco, y en cuya casa me quedé la noche.

En la próxima mañana ví á los dos coroneles. El conde Khevenhuller opinó que seria conveniente rendirse desde luego. Decia que era evidente que Márquez hacia traicion al Emperador, y que aunque él por su persona estuviese pronto á sacrificar cien veces su propia vida para este último, no tenia absolutamente ganas algunas de sacrificarse á sí y á sus soldados por el señor Márquez.

De lo contrario, Kodolistch opinaba que no se debiera negociar una rendicion, antes de tener noticias fidedignas de Querétaro y de saber la voluntad del Emperador; que, aunque estuviera pronto á escuchar las condiciones del enemigo, no podia reunirse con el coronel Leon, porque el jeneral Márquez acababa de dar una órden segun la cual cada oficial ó soldado que tratase de algun modo con el enemigo, seria fusilado en el acto.

Entónces les rogué á los dos que me dieran un poder por escrito, en cuya virtud podria negociar en nombre de las tropas estranjeras y de sus jefes; pero lo juzgaron igualmente demasiado peligroso, y desearon únicamente que yo me dirijiese al campamento de Porfirio Diaz, para hacerle las dos propuestas siguientes: la primera era que me permitiera á mí ó á otra persona ir á Queretaro para informar al Emperador del estado de las cosas de Méjico y recabar su voluntad, para cuyo objeto se concluiria un armisticio de siete dias; en caso que el jeneral enemigo no aceptare la propuesta mencionada, las tropas estranjeras estarian prontas á rendírsele bajo la condicion que él mismo garantizara por escrito la vida del Emperador y la de las tropas estranjeras, en caso que cayeren, junto con Queretaro, en manos de los liberales.

Como me parecia ser un desatino ir á ver á Porfirio Diaz sin *alguna* autorizacion por escrito, rogué al señor Baron

de Magnus que me diese algunos renglones para confirmar que era yo en efecto delegada por los jefes estranjeros; pero lo rehusó igualmente diciéndome que sabia otro camino por el cual podia obtener el mismo resultado sin hacer correr peligro á nadie.

Entónces me comunicó que vivia en Méjico una señora Baz, cuyo marido era jeneral en el estado mayor de Porfirio y estaba designado para ser gobernador de Méjico, despues de la toma de la capital; que la mencionada señora mantenia relaciones continuas con el enemigo, siendo en efecto el espía de los liberales en Méjico; y que, si me dirijiese á ella, sin duda encontraria medios de hacer saber á su marido que yo era una delegada del Ministro y de los jefes estranjeros.

El Baron y yo fuimos en coche á casa de la señora Baz, acompañada del Canciller del Ministro, señor Scholler, quien habla el castellano perfectamente bien y debia servirnos de intérprete para esponer todo á la referida señora con tanta claridad que no hubiera lugar para alguna equivocacion.

La señora Baz era un personaje celébre y gozaba una grande estimacion en el partido liberal por los eminentes servicios que le habia prestado. Ya en el tiempo cuando los frances estaban todavía en el país, se habia metido frecuentemente al mismo campamento enemigo, bajo diversos disfraces, y sus noticias y advertencias habian sido siempre tan exactas y tan oportunas, que entre los liberales no se llamaba de otro modo que su "ánjel tutelar."

Es una señora de poco más de treinta años, de talle delgado y no muy alta, de rostro ovalado y no muy lleno; tiene hermosos dientes, frente alta y despejada y unos ojos estraordinariamente vivos y expresivos. En sus modales muestra mucha calma y ninguna pretension, aunque se descubre en todo su porte cierta enerjía que nunca disimula.

El Baron Magnus le expuso el objeto de nuestra visita, é igualmente le comunicó las propuestas que yo le habia hecho; tambien manifestó que estaba pronto á tomar por su cuenta todos los gastos por viajes, escoltas y otros fines.

La señora Baz aprobó luego mi plan y aún se ofreció á presentarme á Porfirio Diaz y á hacer todos los esfuerzos posibles para persuadirle que aceptase las condiciones que le proponia; pero me decia que no podia ir antes del dia siguiente, por tener que esperar noticias de su marido.

Por haber prometido al coronel Leon volver al campamento enemigo luego que supiera la opinion de los jefes, y temiendo que sospechase de mí por haber retardado mi vuelta, salí de la Ciudadela y me dirijí á la Casa Colorada donde le encontré.

Me decia que habia hablado con Porfirio Diaz comunicándole mi plan y que este habia encargado de nuestro asunto al coronel....á quien yo tendria que comunicar las condiciones de los coroneles estranjeros. Aunque dije al coronel Leon que la misma señora Baz iria al dia siguiente en persona á ver al jeneral Porfirio Diaz, insistió sin embargo en que yo viese al ya mencionado coronel, y fuímos en coche hasta el cuartel jeneral en Tacubaya.

Dicho coronel ya estaba esperándome; pero le dije que volveria el dia siguiente con la señora Baz, y me permitió retornar á Méjico donde habia prometido estar de vuelta antes de la noche.

Entretanto se habia oscurecido, y cuando Margarita, Jimmy y yo llegamos á la garita, el centinela me gritó: "Quién vive!" entonces en mi sobresalto contesté resueltamente—"enemigo"—por equivocacion—en lugar de decir "amigo." El centinela contestó no menos resueltamente con un tiro; la bala silbó encima de mi cabeza sin hacerme algun daño. Temiendo que se repitiese el disparo más eficazmente, me oculté detrás de un arco del acueducto que estaba cerca; y Margarita demasiado medrosa, se echó de rodillas y llamaba en su auxilio á todos los santos del calendario.

A fin de hacer comprender á los soldados en la garita que no era absolutamente un *enemigo*, les grité en alta voz: "Viva Maximiliano!" Por mi grande fortuna mandaba el punto de la garita un conocido mio, el anciano coronel Campos quien al reconocer mi voz, salió inmediatamente y se puso iracundo, porque uno de sus soldados habia tirado sobre mí.

Cuando vine en la próxima mañana á casa de la señora Baz, me dijo que no podia tener noticias de su marido sino á las dos de la tarde, y era preciso esperarlas. Al volver á su áasa á la hora fijada, supe, á mi pesar, que el jeneral Baz habia recibido en la víspera la órden de ponerse en marcha al

cuartel general de Escobedo y que por tal razon ella no podia acompañarme. Me prometió sin embargo mandar á Porfirio Diaz un mensajero con una carta en la cual confirmaba que yo era en efecto una delegada del Ministro de Prusia y de los jefes estranjeros. Hice cuanto pude para persuadirle que me acompañase; pero no quiso absolutamente; de modo que tuve que ir sola.

El coronel Leon y el otro coronel nos esperaban con una escolta á la señora Baz y á mí para conducirnos al cuartel jeneral de Porfirio Diaz. Pero yo no me habia mudado de ropa hacia tres dias y teniendo que ir á caballo hasta el cuartel jeneral, distante algunas millas de Tacubaya, me dirijí primero á la casa de la señora Hube. Como no le dije lo que proyectaba, se puso muy enojada conmigo y tanto más cuanto que le habian contado muchos chismes sobre mis acciones. Aunque sentí mucho causar disgustos á la buena anciana, sin embargo, juzgué por más conveniente dejarla creer lo que gustase y la dije solamente que iba al cuartel jeneral; á lo que me contestó sécamente que encontraria á su marido allí mismo.

El coronel Leon fué tan amable que me prestó su hermoso caballo prieto mejicano, y llegué pronto á la Villa de Guadalupe, donde se hallaba el cuartel jeneral. Allí estaban esperando unas cincuenta personas que deseaban ver al jeneral liberal, y entre ellas el señor Hube, quien me recibió con una cara muy séria. Más cuando le dije que venia en clase de delegada por parte de los oficiales estranjeros para negociar con Porfirio la rendicion, y le supliqué que me sirviera de intérprete, mudó súbitamente sus modales y me elojiaba más de lo que merecia.

Mandé mi tarjeta al jeneral, quien me hizo entrar inmediatamente. El jeneral es un hombre de talle delgado, cara bien formada, ojos negros de azabache y muy intelijentes. Llevaba de uniforme una levita azul con botones de metal amarillo, pantalon azul y bota fuerte.

Me recibió con mucha cortesía y llevándome por la mano me decia que habia sido ya informado por sus oficiales que tendria que comunicarle las condiciones de las tropas estranjeras respecto de la rendicion de Méjico; y que él por su parte estaba dispuesto á oirlas. Al preguntarle si no habia recibido una carta de la señora Baz, me dijo que sí; pero espresó al mismo tiempo el deseo de saber propoisciones más detalladas.

Entonces el señor Hube le hablaba con grande elocuencia, y con mucho sentimiento suplicó encarecidamente al jeneral que aceptara las condiciones que propusimos para que el derramamiento de sangre cesara desde luego. Le ponderaba todas las consecuencias y las ventajas que tal procedimiento llevaria consigo; y el buen anciano estaba tan conmovido de todo cuanto decia que tenia los ojos llenos de lágrimas.

En cuanto al jeneral, no le agradaba absolutamente la proposicion de un armisticio de siete dias y—no tenia confianza en mí, como lo supe más tarde. Creia que yo queria ir á Querétaro á todo precio para llevar al Emperador noticias de Méjico, por las que este resolveria tal vez atacar á los liberales. Tambien estaba plenamente convencido de que Márquez aprovecharia el plazo concedido para fortificar la capital.

En tal concepto el jeneral nos contestaba: que no tenia facultadades absolutamente para hacer alguna promesa concerniente al Emperador y á las tropas en Querétaro; que él no mandaba sino la mitad del éjercito, y que por tanto podia negociar solo y únicamente tocante á Méjico; que no queria aceptar absolutamente la rendicion de la ciudad bajo alguna condicion, estando seguro de conquistarla, ni dejar escapar á Márquez y á otros mejicanos que merecian ser colgados; pero que, si las tropas estranjeras quisieran salir á rendirse, les perdonaria la vida y aun les concederia la libertad permitiéndoles llevar consigo todo cuanto podrian cargar, menos las armas; que los mandaria, á expensas del gobierno, á cualquier puerto para volver á Europa; pero, en caso que yo quisiera ir á Querétaro, me daria un pasaporte y una carta para Escobedo, á quien deberia dejar libre la determinacion sobre si me concediese ó no la entrada en aquella cuidad.

Eran cerca de las cuatro de la tarde, y despues de haber tomado con el jeneral una taza de café, monté á caballo para volverme á Méjico y saber lo que los oficiales estranjeros habian de contestar á las proposiciones de Porfirio Diaz.

Por estar algunas leguas distante la garita por donde habia salido de Méjico, me resolví á volver á entrar por otra que estaba más cerca; tanto más cuanto que siendo de dia

no habia que temer alguna equivocacion. Una escolta me acompañó hasta las postas más avanzadas y despues de haber fijado á mi látigo mi pañuelo á guisa de bandera de parlamentario, me fuí á galope hácia la garita.

Al llegar á un pequeño puente enfrente de la batería de la garita, es decir, tan cerca que podia ver las caras de nuestros soldados, recibí una carga de fusil por el centinela, lo que tomé por una advertencia de hacer alto; y en efecto lo hice esperando que se mandase salir á un cabo y alguna tropa para examinarme. Veia á algunos de los soldados subir al parapeto y antes de poder reflexionar sobre lo que tal vez intentaban, recibí una carga llena. Las balas silbaron sobre mi cabeza y rozaron mis cabellos; otras cayeron en el suelo cerca de mi caballo.

Me puse más bien enojada que espantada, porque era de veras demasiado bobo tirar sobre una mujer sola, como si hubiese sido capaz de tomar la batería! Mi primer pensamiento fué soltar la rienda á mi caballo contra aquellos imbéciles y darles de latigazos; pero al oir detrás de mí la pisada de los cascos de la escolta liberal, la que corria en mi auxilio al oir los tiros, y al ver á los soldados de la trinchera cargar á toda prisa, no queria esponer á nadie á algun peligro solo por causa mia. Así, dí la vuelta; y mi pequeño caballo prieto mejicano voló como una flecha. Aquellos miserables tiraron en efecto aún otra salva detrás de mí, más felizmente sin tocar ni á mí ni á mi caballo.

Supe más tarde que la trinchera de aquella garita estaba ocupada por reclutas indios enteramente bisoños, que probablemente no tenian alguna idea de lo que significaba mi pañuelo blanco; y que además su oficial estaba dándose una pavonada en una taberna próxima, justamente en el momento en que llegué. Márquez, al tener noticia de que se habia hecho fuego sobre un parlamentario—sin saber quien lo habia sido—ordenó poner en arresto á aquel oficial neglijente.

Cinco ó seis oficiales liberales vinieron con 25 hombres á mi encuentro; todos manifestaban muchísimo cuidado y no quisieron creer que no estaba herida.

No queriendo exponerme otra vez á un fuego graneado, resolví dirijirme á la misma garita, donde el coronel Campos mandaba; y el jeneral Porfirio Diaz tuvo la bondad de darme

una escolta de diez hombres. Antes de llegar á la garita á algunas leguas distante, me sorprendió un chubasco que me mojó á tal grado que preferí ir á Tacubaya, donde la señora Hube me recibió con los brazos abiertos, enteramente reconciliada conmigo despues de haber sabido por su marido la clase de aventuras que habia buscado.

El próximo dia, 19 de Abril, era viérnes santo, en cuyo dia no era entonces permitido que salieran á las calles de Méjico ni coches, ni caballos, ni mulas. Mas pareciéndome sumamente preciso recabar del Baron Magnus y de los jefes estranjeros lo que pensaban hacer, me puse en camino á pié, á pesar del fuerte sol que me molestaba bastante en el largo trecho que tenia que caminar.

Primero fuí á ver al Baron Magnus y despues á los coroneles que me decian que no podian aceptar las ofertas del jeneral enemigo, antes de saber la voluntad del Emperador. Entonces les proponia ir á Querétaro, bajo mi única y propia responsabilidad; pero á esto se opuso el Baron de Magnus quien no queria absolutamente que me marchase á Méjico y trataba de persuadirme á permanecer allí á lo ménos algunos dias, mientras que tal vez llegaran algunas noticias ciertas de Querétaro. Por haber prometido á Porfirio Diaz volver prontamente, á mi pesar condescendí con las ideas del Baron. Este parecia abrigar temores de que Márquez habia tenido soplo de los pasos que yo habia dado y mandaria arrestarme á la vuelta.

Cuando estuve en el campamento de los liberales, el coronel Leon me dijo que tenia bajo su guarda un cierto número de prisioneros imperiales estranjeros que habian caido presos en la accion de San Lorenzo y que careciendo de todo lo necesario se encontraban en una situacion lastimosa; agregó que con mucho gusto me daria licencia de traerles ropa y dinero, en caso que pudiera hacer algo en Méjico en favor de los pobres prisioneros. Hablé de eso luego con el Baron Magnus y con los coroneles, y reunimos en el acto entre nosotros cien pesos que me fueron entregados.

No pudiendo aguantar por más tiempo en Méjico, fuí el 24 á ver al Baron Magnus para decirle que estaba decidida á ir á Tacubaya y hacer todos los preparativos para mi viaje para Querétaro, y pedirle sus instrucciones.

En la mañana del 25 el ministro me mandó su coche en el cual fuí conducida hasta la garita. Desde allí caminé hasta la Casa Colorada, donde ví al coronel Leon, á quien dije que llevaba conmigo algun dinero para los prisioneros. Entonces él mismo me condujo al Castillo de Chapultepec y los mandó llamar. Eran un capitan, Rodolfo Spornberger y algunos cabos y soldados, en total, quince hombres; tenian en efecto sus vestidos hechos jirones y se encontraban en la situacion mas desesperada. Dí al capitan veinticinco pesos y á cada uno de los demás cinco, exijiendo que cada uno pusiera su recibo en mi lista, que está todavía en mi poder, en prueba de que no he olvidado mi encargo.

De allí me fuí á Tacubaya. Al llegar noté en los modales de los prisioneros de los oficiales liberales mucho cambio para conmigo, y al entrar en la casa de Hube, encontré á todos en llanto, y en grande angustia. No sé exactamente lo que habia sucedido durante mi ausencia; pero el 24, Porfirio Diaz habia dado una órden mandando fusilar á cualquiera que viniese de Méjico bajo el pretexto de negociaciones; y como yo me encontraba en la misma posicion, los buenos Hubes me veian ya en el féretro.

Quise ir al momento á casa del jeneral para disculpar mi larga ausencia; pero la señora Hube no quiso dejarme ir y me detuvo muchas horas. De repente se paró delante del zaguan un carruaje con cuatro caballos y se presentó un oficial, quien me anunció tener la órden de conducirme al instante al cuartel jeneral. El lamento en casa de Hube era grande; pero tuve que obedecer y despues de haber envuelto algunas piezas de ropa mas necesarias, monté en el carruaje, con Margarita y Jimmy.

Al llegar al cuartel jeneral, un ayudante de Porfirio Diaz me comunicó que tenia yo que salir de Méjico inmediatamente, y me dió un pasaporte con la órden de indicar un puerto donde quisiera embarcarme y á cuyo punto seria conducida por una escolta.

Todo este arreglo no me convenia absolutamente, y resolví que no se efectuaria. Por tal motivo pedí ver al jeneral Porfirio Diaz, porque debia haber alguna mala intelijencia que deseaba aclarar. Pero el jeneral rehusó verme, y el ayudante insistia en mi partida. Mas le declaré resueltamente

que no me iria con mi voluntad; que me pusieran cadenas ó me fusilaran, pero que jamás me harian salir del país.

Mi firme resolucion les causaba un gran embarazo y no sabian qué hacer, porque permanecí en el cuartel jeneral desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche, sin moverme de mi lugar. Al fin consentí en dejarme alojar en una casa particular con una familia mejicana que me trataba con mucha atencion; pero se colocó un centinela delante de la puerta.

El 26 de Abril en la mañana un carruaje con cuatro caballos volvió á pararse delante de la casa y el oficial que debia escoltarme, insistia en mi marcha. No me moví de mi lugar y mandé al jeneral Porfirio Diaz un recado con la súplica de dejarme ir para Querétaro; pero recibí por respuesta una denegacion, y permanecí resueltamente allí donde estaba.

En la tarde vino la señora Hube á dejarme algunos vestidos, acompañada del jeneral Baz, quien acababa de llegar de Querétaro y es muy amigo de la familia de Hube.

El jeneral Baz es un señor bastante corpulento con una cara gorda y agradable, ojos pardos claros, pelo castaño igualmente claro, el bigote un poco crespo más claro, lo mismo que la piocha. Es en sus modales muy elegante y espedito, y me hacia más bien la impresion de un francés. Habia viajado mucho y era sumamente amable y comedido, con una cierta dignidad en su porte, y aunque era un liberal en cuerpo y alma, disfrutaba la estimacion y el afecto de los dos partidos.

El Sr. Baz estaba desde luego dispuesto á ver al jeneral Porfirio Diaz y á informarse de él sobre el motivo verdadero de su estremo rigor para conmigo.

Entonces supimos pronto á qué atenernos. Porfirio Diaz decia que yo habia violado mi palabra procurando sobornar á sus oficiales por medio de dinero y de lisonjas, lo cual era un gran crímen; y que era una persona demasiado peligrosa para poderme dejar en Méjico.

Sin embargo, el Sr. Baz arregló el asunto y obtuve al fin de Porfirio Diaz el permiso de irme para Querétaro; pero sin ninguna escolta, dejando completamente al arbitrio de Escobedo permitirme la entrada á aquella ciudad ó despacharme más lejos.